

Padre es el Hijo encarnado, contemplarlo es “ponerse tras” de él (Mc 8,33), seguirlo. El verdadero seguimiento es al Resucitado, que siempre nos precede y al cual vemos las espaldas, porque, como Crucificado, ha cargado primero con todos, incluidos sus pastores, para que estos puedan apacentar las ovejas de Su rebaño» (p. 23-24).

FERNANDO CHICA ARELLANO

**Juan Antonio GUERRERO ALVES, sj,** *Aprender a sentir en Cristo. Aplicar hoy las reglas ignacianas*, Editorial *Sal Terrae* (Colección *El Pozo de Siquén 485*), **Maliaño 2024, 284 pp.**

El autor de esta monografía, Juan Antonio Guerrero Alves, sj, nació el 20 de abril de 1959 en Mérida (Badajoz). Tras iniciar sus estudios universitarios de Ciencias Económicas siguiendo los pasos de su padre, empresario, ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en 1979. Fue ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1992. Se licenció en Ciencias Económicas por la Universidad Autónoma de Madrid en 1986 y en Filosofía y Letras, también allí, en 1993. Estudió Teología en Belo Horizonte (Brasil) y Lyon (Francia), y obtuvo la Licenciatura en Teología por la Universidad Pontificia Comillas en 1994. Además, estudió filosofía política en el *Boston College* entre 1998-1999. Ha ejercido su ministerio como profesor de Filosofía Social y Política en la Universidad Pontificia Comillas (1994-1997 y 1999-2003); maestro de novicios de la Compañía de Jesús (2003-2008); superior provincial de la provincia jesuítica de Castilla (2008-2014); ecónomo de la Compañía de Jesús en Mozambique (2015-2017); director de la escuela secundaria *San Ignacio de Loyola* en Tete, Mozambique (2016-2017); delegado del Superior General de la Compañía de Je-

sús para las casas y obras interprovinciales en Roma y Consejero General de la Compañía de Jesús (2018-2019). El 14 de noviembre de 2019, el papa Francisco lo nombró prefecto de la Secretaría para la Economía, cargo que desempeñó hasta el 30 de noviembre de 2022, cuando renunció al mismo por motivos personales. Desde 2023 es director del Centro de Espiritualidad *San Ignacio* (Salamanca), dando numerosas tandas de retiros y Ejercicios espirituales ignacianos. Ha publicado diversos artículos de temática ignaciana en revistas especializadas. En la editorial *Sal Terrae*, junto a Óscar Martín López, sj, sacó a la luz el libro *Conversación espiritual, discernimiento y sinodalidad* (2023).

El origen de las páginas que centran nuestra atención está en unas lecciones que pidieron al autor para presentar todas las reglas de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio a un grupo de jesuitas. Le plantearon, además, que tratara de conectar dichas reglas con la situación que vivimos en nuestras sociedades y en nuestra cultura. Con estilo pulcro, sobrio y claro, de manera pedagógica y atrayente, es lo que hace con brillantez este libro, sin caer en abstracciones retóricas, sino con un realismo tonificante, para que la doctrina expuesta se pueda aplicar concretamente, como el subtítulo de la obra indica.

Es importante recordar que las reglas ignacianas recogen la rica experiencia personal de discernimiento de san Ignacio en Loyola y en su retiro en Manresa. Recopilan asimismo cuanto el fundador de la Compañía de Jesús aprendió al acompañar a otros en el camino espiritual. Además, incorporan conocimientos de la tradición espiritual adquiridos por el santo en sus lecturas y estudios parisinos y en los avatares eclesiales a los que tuvo

que hacer frente en Roma. Dichas reglas contenidas en los Ejercicios no solamente sirven para ser aplicadas en el tiempo de retiro; también nos pueden ayudar a leer espiritualmente nuestra vida fuera de él.

Nadie ignora que nos encontramos en un *cambio de época*, que sin duda alguna signa también la existencia cristiana. Hemos pasado de un contexto en el que muchos de los miembros de la Iglesia se desenvolvían en una sociedad agrícola, que funcionaba al toque de campana de la Iglesia, a otro bien distinto, marcado por otros paradigmas inmersos en la vorágine de *las redes mediáticas*, que reclaman y dispersan nuestra atención. Los cambios han sido enormes, primero en el ámbito exterior, pero también en las personas por dentro y en el modo de auto-comprendernos. Sin embargo, los cristianos continuamos queriendo unirnos a Jesucristo, escuchar a Dios y dejarnos conducir por su Espíritu. Para acertar en esa dirección se requiere el *discernimiento*, ejercicio que, como advierte el padre Guerrero en este ensayo, demanda, ante todo, que nos pongamos en el camino del bien, abandonando aquello que nos tensiona y diluye. El primer discernimiento será entre el bien y el mal, intentando no caer en las garras de este último. Este es el objetivo de la primera semana de los Ejercicios espirituales; pero también de la vida cristiana en sus comienzos. Luego, tomando la senda del bien, es insustituible despojarse de la voluntad propia y aprender a sentir en Cristo, entrar en sintonía con la encarnación de Dios para elegir lo que sea su santísima voluntad. Esta es la tarea de la segunda semana de los Ejercicios, pero también de una vida cristiana que avanza en el seguimiento de Cristo. Cuando hemos unido nuestra vida por la elección a la voluntad de Dios, tratamos de continuar, deshaciendo las ata-

das que encontramos, guiados por el *sensus Christi*, es decir, en comunión con Jesucristo muerto y resucitado, conducidos a sentir con y en la Iglesia, guiada por el mismo Espíritu, enriqueciéndola con nuestra vida y con nuestro servicio a los otros. Esta es la gracia que se busca en las dos últimas semanas de los Ejercicios y en la vida cristiana de cada día.

Ahora bien, en todas las épocas existen aprietos, desafíos e impedimentos, por lo que el discernimiento no es para nada sencillo. También en la hodierna coyuntura hay muchas dinámicas que laceran al sujeto espiritual, lo debilitan y desorientan: la emotividad desenfrenada; el sentimentalismo; el consumismo voraz; los infinitos modelos de identificación que se nos presentan; el buscar a toda costa la propia comodidad, lo que me hace sentir bien, lo que concuerda con mis gustos y deseos... Al respecto, el volumen radiografía con acierto las patologías de nuestro entorno, dentro de las cuales descuello el enaltecimiento del *ego*, o lo que es lo mismo la desaparición del otro del ámbito personal y social. ¿Cómo hacer lo que Dios quiere en medio de esa compleja tesitura espiritual y cultural? ¿Cómo hacer el bien y encarnar el Evangelio desde coordenadas que a menudo nos crean desconcierto y nos distancian del clamor del que a nuestro lado sufre y nos necesita? Guerrero traza los grandes ejes de la enseñanza evangélica, desglosa los sabios consejos de los Ejercicios espirituales ignacianos y se detiene en el arte del discernimiento como vía maestra que nos conduce a salir de nosotros mismos y transitar por el camino del otro, de los otros y del Otro.

Tras una esclarecedora introducción (pp. 15-24), el cuerpo del libro se divide en cinco bien pensados capítulos. El primero, titulado "La interioridad habitada:

una carta sobre la lucha interior” (pp. 25-50), analiza una epístola que escribió san Ignacio a Teresa Rejadell, una religiosa que le confía el estado de su alma. En dicha misiva se apuntan las reglas de la primera y segunda semana de los Ejercicios, las notas sobre los escrúpulos y alguna idea central para las reglas para *sentir con la Iglesia*. Ya en la carta se ve la necesidad de leer también nuestro contexto para madurar espiritualmente. El texto de la carta se ofrece íntegro en un anexo final del libro (pp. 271-278).

El segundo capítulo, titulado “Reglas para aprender a sentir en la cultura del «sentirse bien»” (pp. 51-118), estudia las reglas de discernimiento de la primera semana de los Ejercicios, que abordan el problema de que nos podamos venir abajo y tengamos la tentación de abandonar. También se considera al sujeto de nuestra época, su modo de sentir, su concepción del tiempo o su búsqueda de la «euforia perpetua», que le hace no valorar la alternancia de sentires que lo fortalecería. Se tratan también los escrúpulos, una tentación que nos atenaza con miedos.

Bajo el título “Reglas para aprender a sentir en Cristo y elegir en la cultura de las infinitas posibilidades” (pp. 119-176), el tercer capítulo está dedicado a las reglas de discernimiento más propias para la segunda semana de los Ejercicios. Estas reglas corresponden al tiempo en que hacemos elección. Es la etapa en los Ejercicios en que anhelamos unir nuestra voluntad a la de Dios y elegimos nuestra vocación, acogiendo la llamada divina. En este proceso, una de las tentaciones más frecuentes es la tentación *bajo especie de bien*, que acaba resultando en disminuir o desviar el bien que estamos llamados a hacer. Completa el capítulo una breve explicación de las reglas para distribuir limosnas. Ahora las leeremos como reglas

para distribuir los dones que tenemos al servicio de los demás. Nuestra vida apostólica y nuestros santos proyectos pueden fracasar por ir demasiado a lo nuestro, a costa de lo que deberíamos dedicar a los demás.

“Las reglas para ordenarse en el comer y en otras actividades en la cultura de la abundancia”. Es el título que el autor ha asignado al cuarto capítulo (pp. 177-210). San Ignacio nos sorprende con estas reglas incluyéndolas en la tercera semana de Ejercicios, cuando se contempla la Pasión del Señor. El comer suele tener, junto a la satisfacción de la necesidad, algún placer concomitante que puede engancharnos y quitarnos libertad. La realidad es que son reglas bastante prácticas que nos ayudan a ordenarnos en el consumir, en el descansar, en navegar por *internet*, en otras muchas cosas cotidianas que, aparte de ser necesarias, biológica, social o culturalmente, conllevan algún placer aldeaño que puede desordenar nuestra vida, subyugarnos y dar al traste con lo más sagrado. Sería triste que una vida llamada a vivirse en estrecha comunión con el Señor y al servicio de los demás acabase desfigurada o esclavizada por alguna de esas actividades cotidianas que nos distraen y nos tienen «sorbindo el seso».

El quinto capítulo lleva por título “Reglas para sentir con la Iglesia en una cultura individualista” (pp. 211-262). Se trata de unas reglas que, más que para los Ejercicios, son para que la persona que los hizo y está llamada a una vida de servicio a los demás, a ser constructora de la comunidad y a mantener la comunión con la Iglesia. Y todo ello en un horizonte difuso en el que los vínculos consistentes y sólidos se vienen debilitando cada vez más. Hoy los compromisos a duras penas se mantienen. Todo es voluble,

inestable, flexible, virtual. ¿Cómo ser levadura en esa masa? Guerrero ofrece interesantes pistas al respecto y señala con acierto que el sujeto que acaba los Ejercicios ignacianos está llamado a ser testigo del Resucitado. El triunfo de Cristo ha de reflejarse en el cristiano para edificación de la Iglesia y de cuantos lo rodean. El don personal y único, que ha sido recibido en la Iglesia, es para ser encarnado, enriqueciendo a la Iglesia y al servicio de los demás. «Lo que Ignacio propone como reglas para sentir con la Iglesia (y esto es igualmente válido para el cristiano de a pie y para la jerarquía) no es más que relativizar uno su propio punto de vida, renunciar de entrada a salirse con la suya, obedecer y tener respeto por las expresiones de los demás, tomando una postura proactiva en favor de la comunión [...]. Sentir con la Iglesia y en ella es sufrir con ella y gozar con ella, sin dejarnos llevar por tantos engaños que en el fondo no buscan sino hacer sobresalir un *ego* poco domesticado y humilde. Estas reglas son también reglas de discernimiento: intentan discernir si la persona se mantiene bien vivificada por el Espíritu del Señor resucitado que vive y crece en la Iglesia para la implantación de su Reino; si permanece en sintonía con el sentir de la Iglesia y esa sintonía permanece operante en ella. El mismo Espíritu es en todo y nos conduce a “estar uno con el amor divino”» (pp. 261-262).

El volumen se corona con una enjundiosa conclusión (pp. 263-270) y un selecto elenco bibliográfico (pp. 279-284).

En definitiva, esta monografía, presentando con categorías y lenguaje actual los consejos contenidos en los *Ejercicios espirituales ignacianos*, desea ayudar a las personas que en nuestros días, afrontando multitud de retos y dificultades, tienen sed de Dios e intentan atender

a lo que sucede en su interior y responder a la llamada que experimentan.

En la visión de san Ignacio, como muestra el libro, la experiencia espiritual interior busca traducirse en hacer el bien a los demás y al mundo que nos toca vivir. Teniendo esto en cuenta, el autor realiza con pericia algunos análisis de la sociedad y de la cultura que vivimos, tratando de comprender cómo nos afecta en nuestra vida espiritual, en nuestro discernir o en nuestro modo de ser sujetos. Y, casi como de paso, pero como hilo conductor, logra mostrar que la aplicación de las reglas ignacianas, en Ejercicios o fuera de ellos, puede configurar un sujeto espiritual consistente y equiparlo interiormente para que su vida pase por el camino del otro, de los otros y del Otro, evitando los atajos del egoísmo que lo llevan a buscar la felicidad fuera de Dios o en las criaturas sin él. Descubrirá así que la vida verdadera consiste en amar a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en él, conducido siempre por el Espíritu Santo que es en todo.

Concluyendo, el sugerente contenido de estas páginas, en las circunstancias presentes, vuelve esta obra altamente recomendable, en particular para los jóvenes, para los agentes de pastoral, para los miembros de la vida consagrada y cuantos aspiran a encontrar la alegría en poner en práctica la divina voluntad, entregándose completamente para llegar a la santidad y haciendo uso de sus talentos al servicio de los otros.

FERNANDO CHICA ARELLANO